

CANDIDATO MAURISTA POR CÁCERES

Don Juan Vitórica Casuso

Tenemos la razón

No podemos callarlo por más tiempo; cada día estamos más convencidos de la bondad de la causa que defendemos; de que con esa causa está la razón y el derecho, y la cosa no es para pensar de otra manera.

Nosotros nunca nos creímos maestros en esto del periodismo; somos unos periodistas de lo corriente, ni mejores ni peores que otros; eso sí, muy serios, muy comedidos y muy amigos, extraordinariamente amigos, de la verdad y de la justicia; en esto no cedemos el puesto a nadie, aunque nos perjudique, la verdad y la justicia siempre por delante. Los mauristas, como buenos derechistas, somos así.

Pues héte aquí, amable lector, que de manos á boca, después de echarnos en cara nuestra inexperiencia é ignorancia los adversarios, nos encontramos con que pese á esa inexperiencia y esa ignorancia, los liberales albigas cacereños andan desorientados en su campaña electoral, apelando á recursos efectistas, pero de un efectismo tan gastado, que no produce efecto.

Y claro, nosotros hemos tenido que hacernos esta reflexión, porque afortunadamente todavía reflexionamos, hasta que los albigas nos desautoricen: Si nosotros, llevamos torpemente, por ignorancia é inexperiencia periodística la campaña electoral, y nuestros adversarios llevan la suya tan desacertadamente como todo el mundo, incluso sus amigos reconocen, no hay duda, es que lo que nosotros defendemos es lo justo y lo razonable.

Porque «vamos á cuentas» Sr. Sánchez de la Rosa, inspirador y director de la campaña electoral albiga cacereña:

Si ustedes tuvieran razón; si usted, D. Andrés, tuviera un historial político de amor y trabajo por Cáceres que le diera derecho á solicitar su representación, ¿pondría usted necesidad de apelar á las historias retrospectivas, escribiéndolas á su antojo, y sobre todo á hacer esa campaña personal que ha hecho usted contra D. Juan Vitórica Casuso, candidato maurista por Cáceres? ¿Hubiera usted necesitado hacer esa desdichadísima campaña personal de la que no queda nada, nada, porque la verdad se abre paso, de la que nadie hace caso, porque la verdad respaldándose siempre?

¿No ha visto usted que esa campaña personal contra D. Juan Vitórica Casuso, era contraproducente, porque era flor de un día y porque á D. Juan Vitórica no pueden llegar los ataques de usted y de los demás que le atacan, porque son tan burdos, tan burdos, que llevan

en sí, por ser tan burdos, la misma prueba evidente de su injusticia?

Y en cuanto á lo que dice usted ó inspira usted en contra de los amigos que apoyan y presentan al Sr. Vitórica, ¿qué autoridad tiene usted para decirlo ó inspirarlo?

¿Qué relaciones de intimidad tiene usted con D. Antonio Maura y con las personalidades del maurismo para salir con esas monsergas de sí los mauristas de aquí estamos en desgracia con el Sr. Maura, si el Sr. Maura nos desautoriza ó nos autoriza? ¿Pues ni que no nos conociéramos!

Contenga su fantasía y póngase en la realidad y escuchela, que ella le aconsejará lo que le conviene y ella le dirá lo que usted sabe:

Que D. Juan Vitórica Casuso, por sí, por su personalidad prestigiosa (y que lo es lo demuestran esos mismos ataques personales de que le hacen blanco) por las fuerzas que le apoyan, por los valiosos elementos que están á su lado, que son garantía—no lo ponemos en versales porque como confiesa que las versales le disgustan no queremos disgustarle—de que será un excelente diputado para Cáceres, tiene todas, absolutamente todas las probabilidades, las seguridades podemos afirmar sin ser temerarios, de obtener un triunfo definitivo, absoluto sobre usted; y que es inútil que usted pretenda ir en contra de la corriente.

Esto le dice á usted la realidad, y es la realidad, no nosotros, torpes é ignorantes periodistas, la que habla en nuestras columnas y pone el paño al púlpito y afirma rotundamente. No somos nosotros, es la realidad y contra la realidad se estrellan todas las habilidades.

No se moleste en desautorizar á los mauristas de Cáceres, ni en desautorizar á D. Juan Vitórica, ni en inventar cuentos de camino, ni en dar aire á las campañas personales.

D. Juan Vitórica Casuso, que es un perfecto caballero y un perfecto maurista, luchará por Cáceres y si triunfa REPRESENTARÁ A CÁCERES—aquí sí que hay que poner versales.—

Y por lo de esa afirmación que usted hace, Sr. Sánchez de la Rosa, ó que usted inspira, da lo mismo, de que los que luchamos contra usted es que ventilamos intereses mezquinos y personales, será tema para otro día, que hoy nos alargamos demasiado, y si sólo hemos de decirle que á usted le está vedado hablar de eso, porque usted ha luchado siempre en política no por las ideas y si por los personalismos.

Nosotros luchamos contra

usted por ideas, por amor á Cáceres, por el que usted nada, absolutamente nada ha hecho. Es la realidad la que afirma; es la que pone el paño al púlpito diciendo la verdad.

Siga, siga el Sr. Sánchez de la Rosa con su campaña electoral tan acertada y tan modelo, que así nos seguirá proporcionando ocasiones de aprender algo nuevo y eso siempre se agradece.

Cuestión de gramática

A un muy sabio profesor, le oímos decir en cierta ocasión que la ignorancia de la gramática era la base sobre la que se levantaba el malhadado edificio de las cuestiones personales.

Cuando dos personas discuten, se traman con buenas palabras, reflejo de más ó menos acertados pensamientos, y cuando las buenas palabras faltan, se echa mano á las malas, de las que insensiblemente se pasa á disputas de plazuelo.

Como consecuencia de esto, la persona que posea más escogido diccionario, será siempre la última, para su fortuna, en ser una desleaguada, una soez y una agresiva, porque no entrando en el terreno del insulto, no se verá nunca en la precisión de recurrir á él, pues el mismo diccionario le da una interjección, categoría y terminación, expresión á un tiempo de asco y de desprecio, con la cual contestar (y no con otra palabra fea para no igualarnos) al que primero la profirió. ¡¡¡Puhá!!!

Decimos esto al tanto de lo ayer publicado por «El Noticiero», que haciendo no pocos alardes de propia estimación, ha caído de pleno en los brazos del Dios Basura, acusando de celestino á LA MONTAÑA y á los amigos de LA MONTAÑA.

«El Noticiero», que hasta aquí ha tenido hasta la prudencia de cubrir sus insidias bajo un velo de *culta latini parla*, «El Noticiero», que ha utilizado su agudeza simbolizadora, entrándose por los campos de La Escritura (que no es donde suele estar más acertado el colega) para buscar paralelismos de tal profundidad que sólo él comprende, «El Noticiero», que ha agotado ya todos los recursos del ojerismo, el soborno, la patriotaría, todos, ha comenzado á perder la estabilidad de su equilibrio filológico.

¿Por qué?
¿Es que ha perdido á su gramático, que es quien por la musa del maestro Garrido pudiera explicarle el verdadero sentido de la «lleva y trae» de la trágicomedia de Calixto y Melibea?

¿Es que ha perdido el diccionario?
¿Es que no le sientan bien los dulces que á su candidato dan en el recorrido electoral?

¿Quién lo sabe!
No es ese el camino, colega, ó cuando menos no es ese el que hemos de seguir nosotros, que nos estimamos

en más que en decir palabras gruesas cuando con las finas y corteses, guardando al adversario los respetos que se merecen, conseguimos, con la ayuda de Dios y de los muchos y buenos que apoyan á nuestro candidato, conseguiremos, repetimos, el triunfo de D. Juan Vitórica Casuso.

Campaña desdichada

Los Catedráticos también defienden su honor

Todas las campañas periodísticas de escándalo, cuando se hacen contra personas honorables, acaban como ha acabado la que un periodista emprendió para combatir la candidatura maurista de D. Juan Vitórica, en Madrid, ó sea, robusteciendo el prestigio que se pretendía mermar y con unas cuantas querellas que hacen comprender á los querellados el respeto que merece una reputación.

En el propio periódico «El Mundo» llegado hoy, quien sepa leer verá que se reconoce la caballerosidad intachable del Sr. Vitórica y que queda desmentido de un modo rotundo el que hubiese Catedráticos que se vendieran.

¿Quién iba á creer semejante enormidad del profesorado español?

El claustro de la Universidad de Valladolid ha negado igualmente que por el Sr. Vitórica se haya examinado nadie, y si hiciera falta alguna prueba para justificar que los tribunales no estuvieron á la disposición de dicho señor, bastará el hecho de que en unas asignaturas triunfó y en otras fracasó.

Queda toda la campaña, esta desdichada campaña, reducida á lo siguiente: que el Sr. Vitórica no se dejó atropellar por el Ayuntamiento de Madrid que acordó derribarle su casa de la calle Cedaceros; y que el Sr. Vitórica pretendió hacerse abogado en muy poco tiempo.

Esos son los hechos que se le atribuyen.

Y bien: ¿qué se deduce de ellos? Pues que el Sr. Vitórica tiene energía sobrada para no consentir que se atropelle su derecho, y por eso no se ha caído su casa; y que sin necesitarlo, el Sr. Vitórica ha estudiado para alcanzar un título académico.

Lo primero revela todo un carácter: lo segundo es clara señal de amor á la cultura.

Quien así procede es digno de los más calurosos elogios.

Y como en la campaña periodística no había más substancia, y esa no sólo no perjudica al Sr. Vitórica, sino que le enaltece, vinieron las inevitables querellas, que no sería precisamente lo que se esperaba.

La 1.ª querrela

Fué entablada por el Sr. Vitórica contra el periodista por injuria

y calumnia, y como prueba de todo presentó una carta de éste. El periodista negó la existencia de la carta y «La Acción» contestó que la carta estaba con la querrela en el juzgado de guardia.

Se ha celebrado el acto de conciliación ante el Juez y en él confesó el periodista «que no tuvo ni tiene intención de ofender personalmente al Sr. Vitórica».

La 2.ª querrela

Del propio periódico tomamos lo siguiente:

Murcia 13 (9 m.) Convocado por el comisario regio de Primera enseñanza, reunióse el Claustro de esta Universidad, tomando, por unanimidad, los siguientes acuerdos sobre las denuncias formuladas por «El Mundo»:

Primero. Proceder judicialmente, sin demora, contra el iniciador de la campaña, Sr. Alcalá Martín.

Segundo. Elevar á la superioridad la petición de que el expediente que ha de formarse con motivo de las denuncias formuladas, responda plenamente al esclarecimiento de los hechos imputados con maliciosa ambigüedad; y

Tercero. Dar publicidad de estos acuerdos á los periódicos que se han ocupado del asunto.—Pinazo.

Después de esto todos estaremos conformes en apreciar que la campaña emprendida ha resultado tan contraproducente como funesta le ha sido á «El Noticiero» esta colaboración.

(De «El Adarve».)

“El Noticiero,, desmentido Telegrama de D. Antonio Maura

Miguel Muñoz

CÁCERES.

Madrid.—28.910.—24.—15.—16.

Enterado por nuestro amigo Vitórica, ruego apoyen decididamente su candidatura y celebraré que unión votos conservadores consiga triunfo. Salúdoles.

MAURA.

Con este telegrama, queda total y rotundamente desmentida, deshecha, la patraña de la desautorización del Sr. Vitórica por el Sr. Maura, que «El Noticiero», acogió y soportó, refiriéndonos á que le desmentiríamos.

Esas son las afirmaciones, las campañas, las verdades que dice «El Noticiero».

Después de tan terminante, de tan rotundo mentís á «El Noticiero» ¿seguirá éste haciendo afirmaciones? ¿Ha-

brá un sólo lector que crea en «El Noticiero»? ¿Tiene alguna autoridad ya? ¿Puede tomarse en serio lo que «El Noticiero» diga?

Y al decir «El Noticiero» decimos también sus inspiradores Sres. Sánchez de la Rosa.

Eso es ir de éxito en éxito, Sres. Sánchez de la Rosa.

Y deshecha esta patraña ¿á cuál otra acudirán para sorprender la buena fe de sus lectores?

Después de estar en máquina nuestro número de ayer, recibimos el siguiente despacho:

DESDE MADRID

(POR TELEGRAFO)

El Distrito de Navalmoral rinde público homenaje al Subsecretario de la Presidencia Sr. Rosado Gil

La entrega de un álbum

A las once de la mañana nutridas representaciones de todos los pueblos del distrito de Navalmoral de la Mata se reunieron en el despacho oficial de la Presidencia del Consejo, con objeto de hacer entrega al subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, excelentísimo Sr. D. José Rosado y Gil, de un artístico álbum, en cuyas hojas de pergamino van estampadas las firmas de los millares de amigos que en todos los pueblos del distrito representan y siguen con cariño la política del que hasta hoy fué su diputado á Cortes.

El diputado provincial por dicho distrito, prestigioso y culto médico de Villar del

Pedroso, D. Jesús Mateos, en nombre de todas las representaciones allí congregadas, hizo entrega al Sr. Rosado del álbum, significando que éste encierra en sus páginas la prueba más elocuente del cariño y adhesión que al distrito de Navalmoral inspira la política y la personalidad de Rosado.

Este, en frases elocuentísimas, expresa su reconocimiento al distrito, que para él—dice—constituye la prolongación de sus afectos más sinceros. Dedicó cariñoso recuerdo al presidente del Consejo de Ministros, y termina el acto entre los vivas entusiastas al Rey, al presidente y á Rosado.

Un banquete

Para solemnizar debida-

mente el acto de compensación ideal y de fraternidad política llevado á cabo en la mañana de hoy por el distrito de Navalmoral, con el que hasta hoy fué su representante en Cortes y actualmente honra á Extremadura desde la Subsecretaría del presidente del Consejo de Ministros, excelentísimo Sr. D. José Rosado Gil, las numerosas personalidades de dicho distrito que á Madrid llegaron con objeto de hacer la entrega del álbum que queda reseñada, obsecuaron con un banquete al Sr. Rosado, y á las dos de la tarde, en el afamado Restorán CASERSA, se reunieron los comensales en número de ciento cincuenta.

La presidencia de la mesa estaba ocupada por el festejado Sr. Rosado Gil, D. Manuel Gullón y García Prieto; D. Jesús Mateos Moreno y D. Juan Antonio Pastor y otras personalidades del distrito.

Durante el almuerzo reinó la mayor alegría, y al descorcharse el Champagne, en sentidas y sinceras frases, rebozantes de emoción, D. Je-

sús Mateos Moreno ofrece el banquete al Sr. Rosado, diciendo que este político eminente, gloria del Foro español, todo se lo merece, y que el acto que se celebra es el mentís mejor que puede darse a la campaña difamatoria que intentaron hacer contra Rosado aquellos elementos que conspiran en tinieblas, envidiosos de la luz de su talento, sólo conseguirán hundirse más y más en el barro de sus propias defecaciones. Termina diciendo que hoy más que nunca el distrito está unido a su diputado, al que elogia grandemente.

Habla el Sr. Rosado

En medio de gran expectación se levanta a hablar el subsecretario de la Presidencia del Consejo: —Sería jactancia—dice—hacer un discurso y sería ingratitude no daros las gracias que nacen del fondo de mi alma; en este día que tal homenaje me dedicáis quiero expresaros que no habrá de borrarse de mi memoria, pues quedará escrito en mi corazón. Mozo era—añade—cuando por vez primera os representé. Entonces os prometí seguir constantemente con lealtad y con decisión, al frente de los impulsos del distrito de Navalmoral y he cumplido mi palabra: Vosotros lo sabéis; desde entonces ha sido ansia de mi política, amor de mis amores, lazo de unión para todos nosotros.

Hombre modesto—continúa—hijo de un médico de pueblo de nuestro distrito, me hicisteis diputado provincial, primero, después diputado a Cortes y luego esa noble ayuda que siempre me habéis prestado, ha sido base inicial y firme en todos mis triunfos políticos que más que propios, dice, son del distrito de Navalmoral, este distrito que se redimió por imperativo de vuestra voluntad, dejando de ser prebenda que en la provincia repartían los Gobiernos y que gracias a vuestro esfuerzo hoy aparece compacto al anuncio de un solo nombre: el mío, nombre que avalora el cargo que ostento, no por mis méritos, siempre modestos, sino por el concurso que siempre me prestasteis y por la lealtad que supimos guardar al presidente del Consejo, a quien en párrafos brillantísimos dedica cariñoso recuerdo.

El álbum que me entregáis, prosigue el Sr. Rosado, es más que un recuerdo; vuestras firmas allí estampadas será legado que donaré a mis hijos diciéndoles que también la vida proporciona satisfacciones y ésta para mí es una de las mayores que he tenido. Termina ensalzando la labor altamente patriótica de García Prieto, en los momentos actuales y con vivas al Rey, a España y a Navalmoral, que se confunden con los que a Rosado tributan sus amigos, dió fin tan simpático acto.

CORRESPONSAL.

CRÓNICA

La yaga libélula...

Por EMILIANO RAMÍREZ ANGEL

Bruscamente, en este Madrid, parece como que hemos despertado de una pesadilla. ¿Os reís, amigos?... Sí, no lo olvidamos; los periódicos siguen viniendo a nuestras manos palpitantes como un clamor, teñidos de rosa,—porque la mucha sangre de la matanza europea continúa aún muy lejos—, y como la distancia palidece... Es verdad, la vida económica tunde, martiriza, obsesiona; la vida política, con su esfuerzo por dejar su carácter de faras, nos impone ensimismamientos patrióticos que debieran ser en nuestro cerebro menos intermitentes y fugitivos... Pero ha llegado la hora de la inefable, de la pueril embriaguez dionisiaca; ha llegado de pronto, y como un relámpago deslumbrador que trajese en sus claridades permanencias apetecidas y bien amadas de eternidad... Ha llegado en suma el buen tiempo, el reinado meliflúo de las mañanas de plata y de las tardes de oro, que sacan de lo más recóndito de la Villa y Corte un perfumado suspiro primavera, incomparablemente perturbador.

Cuatro, seis días, soledados... ¿Va a seguir ya el prodigio hasta que el otoño amarillento se lleve en sus remolinos la pompa, no cincelada aún, de Mayo florido?... Porque esta gloria vernal arraiga en nuestro corazón antes de que resplandezca en las frondas, y perfore, como clavo de luz, el estufo almaque de nuestro aposento de trabajo. Porque la primavera no está aún en torno nuestro, real, divinamente insolente y ufana, sino en nosotros, recatada, silenciosa, iniciando su confuso hervor de éxtasis y soliloquios. Porque—y ello constituye el júbilo prevalecedor de la hora presente—lo más bello y exquisito no es la llegada de la primavera sino el presentimiento de la primavera...

Instante nupcial en la vida del galeote ó del precito que se debatió largamente, impotentemente, bajo el cielo turbio de la ciudad y del invierno! Como la princesa de la *Sonatina* rubeniana, por estos incipientes ramalazos áureos, por estas languideces preliminares, por estos jirones de fragancias misteriosamente enervantes, el espíritu del galeote se expande, en un súbito estremecimiento de liberación. Y, sin poderle dar nombre pero embriagándose con su esencia, el alma de este precito, también

—persigue, por el cielo de Oriente, la libélula vaga de una vaga ilusión...

Madrid, á trechos obliquito y á trechos exaltado, cambia de ceño y de frase con el advenimiento de los días claros, y de arrabal á arrabal

se llena de armonía y de languidez. Enfermo que convalece, no ha perdido su sonrisa, pero la propala y magnifica con incomparable generosidad. Y si él no realizase la feliz taumaturgia, para consumarlo á su hora vela nuestro espíritu, atento todavía á las contadas y supremas puerilidades que han de redimirle...

Ya, en estos días benignos, cuyo crepúsculo vespertino tiene la indolencia necesaria para estimular los lirismos más fecundos, la ciudad saca de sí misma sus pequeñeces cotidianas y las transforma, enriqueciéndolas brujamente, como un *genni de Las mil noches y una noche*. Ya las campanas, sobre la grisura del caserío, suenan claras, dulces, mágicas, con una pureza infantil que reaparece como al cabo de un siglo de estupor y pesadez; ya las ca-

llas se llenan de voces ágiles y cantarinas que vierten un rocío singularmente grato sobre el corazón del recluso; ya la luz es reacia y el aire tibio y el silencio oloresoso...

¿Por qué no festejar íntimamente el suceso, á pesar de su fragil pequeñez... Anticipemos el alborozo ya que se nos anticipa la alegría. La apretada magnolia de los presentimientos, de los planes, de los anhelos vagos va á abrirse. El buen tiempo llega á la ciudad. Nosotros, ciudadanos vulgares ¡cuánto vamos á realizar ahora! ¡Oómo vamos á enamorarnos! ¡Con cuánta fe habremos de entregarnos á todo y á todos... hasta que Octubre asome, allá en el Parque, su lívido gesto de disipador!...

EMILIANO RAMÍREZ ANGEL.

(Prohibida la reproducción.)

El Sr. Vitórica en el distrito

En Torreorgáz

El recibimiento que aquí tuvo el Sr. Vitórica no demercedió en nada á los que ha tenido en los demás pueblos. Todos los numerosos amigos que apoyan su candidatura le esperaban y todos quedaron encantados de la sencillez, simpatía y afabilidad del Sr. Vitórica.

La premura del tiempo, pues había que llegar á Sierra de Fuentes, impidió prolongar la estancia y al cronista acabar de tomar nota de los nombres; perdonen los amigos.

En Sierra de Fuentes

Dos kilómetros antes de llegar al pueblo encontramos las que podemos llamar avanzadas, que nos recibieron con cohetes y vivas.

Esperaba al candidato maurista Sr. Vitórica todo el pueblo, todo, á cuyo frente vimos á D. Luis Durán, don Juan Antonio Jiménez, don Vicente, D. Lorenzo y don Luis Guerra, D. Alonso Holgado, D. José Monroy, don Nicasio Vinagre, D. Francisco Alcántara, D. Francisco Julián, D. Ramón Durán, don José Miguel Manzano, señor Cura párroco, D. Ramiro Holgado, D. Antonio Guerra, D. Lorenzo Delgado, D. Ezequiel Guerra, D. Domingo Polo, D. Ignacio Alonso, don Antonio Plaza, D. Manuel Durán, D. Antonio Holgado, D. Blas Suárez, y otros varios.

Ante los requerimientos de los reunidos habla el señor Santamaría Zárate y el notable orador, de léxico abundante, de verbo cálido, de brillantes imágenes, que convence y emociona, nos di-

rige su autorizada palabra y es en balde que intentemos reproducir lo que dijo hablando de la situación de España, de los deberes de luchar por nuestra Religión, por nuestros Reyes, por nuestra Tierra; el cronista se olvidó de que era periodista y oía entusiasmado aquellas verdades que se metían en el alma.

D. Ramón Delgado, puso á continuación de manifiesto la necesidad de la unión de las derechas y con argumentación sólida demostró esa necesidad.

El Sr. Cura Párroco ensalza al Sr. Vitórica, al que igual que á su familia, conoce de hace mucho tiempo y refiere entre otros episodios de caridad que conoce de ellos, el de que en un invierno crudo, para remediar una tremenda crisis por que pasó un pueblo de esta provincia, donde el Sr. Vitórica tiene grandes propiedades, dieron trabajo, por espacio de bastantes meses á todos los vecinos del pueblo, en las fincas en cuestión.

Habla el Sr. Vitórica para dar las gracias y luego de ocuparse en párrafos brillantes, que ya hemos dicho que es un completo orador y un elocuente orador cuando cree que debe serlo, de la actual situación, reitera su leal y firme ofrecimiento á todos y una vez más afirma que cumplirá con su deber para que el distrito de Cáceres tenga cuanto debe tener.

Llegó la hora de regresar á Cáceres y la despedida que Sierra de Fuentes hizo al señor Vitórica superó en entusiasmo si cabe al recibimiento.

Cuentos de LA MONTAÑA

“El Brujo,”

Caminaba de pueblo en pueblo, arrastrando sus pies adoloridos por los guijarros del camino y las rocas de las montañas que atravesaba. Sus mugrientas vestiduras, desgarradas, tremolaban al viento. Su hirsuta cabellera y lacia barba que caía sobre su pecho dábanle un aspecto repugnante. Más de cuatro veces le habían huido los chiquillos y ladrado los perros. Hasta los canes familiares, vagabundos como él, con que se tropezaba en su jornada se apartaban de su lado. Creyárase un ser atacado por la sarna ó por la peste. No se sabía nada de su vida ni aun de su propio nombre. Por “el Brujo” le

conocían en todas partes, y por “el Brujo” atendía á quien le llamaba. Contábanse historias fantásticas ocurridas de noche entre las florestas de los bosques; aquellos sabadescos en las montañas próximas; ruidos de cadenas y alaridos de endemoniados; olores de azufre y fogaratas venidas del Averno. Y en toda esta gama de supersticiones “el Brujo” jugaba principal papel y “el Brujo” era el causante de todas las desgracias que ocurrían á su alrededor.

Cuando acontecía una catástrofe, un hecho puramente casual, lo más insignificante en cualquier pueblo ó aldea, todo el mundo se preguntaba: ¿Ha pasado por aquí “el Brujo”? ¿Está “el Brujo” en el pueblo? Y si alguien vio por la mañana atravesar la carretera ó or-

zar los campos al desdichado errante, todo el pueblo en masa se aprestaba á perseguirle, armados de hoces, de palos, de piedras. Hasta los más pequeños de la aldea empuñaban su piedra ó su palo correspondiente y gritaban: «¡Al Brujo, al maldito Brujo!...» Pero nunca se sabía dónde se metía. Jamás pudieron hallarle en ninguna de las persecuciones de que fué objeto.

Y entre aquella gente sencilla y supersticiosa, se afeerraba cada vez más la convicción de que “el Brujo” tenía un pacto con el demonio, sin que valieran de nada los razonamientos de la gente sensata que se esforzaba en vano en alejar semejante idea del corto caletre de los infelices campesinos.

Muy joven hubo de terminar la carrera de Leyes y cuando se dispuso á fundar su despacho y adquirir clientela sobrevino la catástrofe. Su padre tuvo que huir, como tantos otros, amenzado por los enemigos del partido que, con encarnizada saña, se perseguían en aquellas épocas de revolución y de desquiciamiento humano. Aunque al separarse de su familia dejó con algunas rentas que permitíanle un modesto pasar, poco á poco fueron menguando los ingresos hasta convertirse en deudas; deudas contraídas por las necesidades que tenía que cubrir el padre, ocultadas por entonces en un pueblo cercano á la frontera. De esta manera lo que fué patrimonio amasado céntimo á céntimo y que constituía la fortuna del futuro leguleyo, pasó á las manos de los infinitos acreedores que rodeaban al padre en su destierro. Aún tuvo más saña la desgracia para cebarse en ellos, que mal de su grado hubo de coger la aguja la buena señora—que jamás pinchara sus dedos—y colocarse su hijo en un mal oficinucho de cierto abogado gaduñesco conocido de la familia, y que sacaba mucho producto del muchacho sin abrir demasiado su bolsa repleta y avariada. Y así pasaron los meses, teniendo que contribuir á los gastos del cabeza de familia y á los suyos propios, con la exigua cantidad que recogían del trabajo de ambos.

Pero llegó el momento en que el refugiado pudo volver al lado de los suyos, ya que su partido había salido triunfante y otra vez tornaron los buenos tiempos, aunque los malos dejaron en el corazón de la madre y el hijo un recuerdo imborrable. Por fin pudo ver realizado su sueño dorado, y Enrique de Latorre y Guzmán, pasó á ser D. Enrique de Latorre y Guzmán, con un gran bufete al que iba afluendo la clientela como moscas á la miel.

Mas como en el mundo el que nace para ser desgraciado se estrella por fin, unos amores contrariados vinieron á dar al traste con su felicidad, yendo á refugiarse en infinitos vicios que antes no tuvo. Y á la morfina y al alcohol se entregó; y fué perdiendo su crédito y con ello su fortuna. Nadie le consultaba ya; era un morfímano. Su antigua clientela hubo de dejarle, porque en lugar de solucionar los asuntos, los embrollaba aún más, haciéndoles perder todos los pleitos. Cuando ya su despacho se quedó solitario de clientes y su carpeta, antes tan repleta, se encontró sin un mal negocio que defender, se cruzó de brazos, cerró el bufete y se dispuso á

gastarse los cuatro cuartos que aún tenía. Cada vez aumentaba más su afición á toda clase de bebidas alcohólicas y absorción de éteres y morfina, entregándose con fruición á su pasión favorita, que le iba matando la vida lentamente.

Una vez que su bolsa se encontró vacía, procuró buscar una colocación en consonancia con sus conocimientos y aptitudes, pero de todas las que logró encontrar, en ninguna llegó á permanecer más de una semana. En una oficina le sorprendieron el primer día bebiendo de una botella que había ocultado en su pupitre. Inmediatamente fué despedido y desde entonces su desprestigio fué en aumento. El mismo conocía que se hundía sin remedio, pero no tenía fuerza de voluntad para enmendarse. Llegó á perder todas las amistades que contrayeran sus padres y hasta las suyas propias. Su memoria fué desvariando y su decaído personal en aumento. Se le pasaban los meses sin cortar sus cabellos ni afeitarse su barba. Vivía de limosna; no porque recibiera dinero, sino de las comidas que podía obtener de los que todavía le consideraban algo en recuerdo á sus mayores. Sólo una vez extendió su mano para pedir unas monedas y que sirvieran para apagar el desoso imperioso de su vicio que ya no podía prodigarse como en antaño; se las gastó en ajeno. Un día desapareció de la ciudad. Alguien le vió alejarse por las afueras en dirección del norte, andando como un autómata, con la vista fija en el suelo y los hombros caídos, arrastrando los pies casi desnudos, como si estuviera cansado de una larga caminata.

Ya no es D. Enrique de Latorre y Guzmán, ni siquiera le llaman Enrique á secas. Su nombre se perdió en el maremagnum de los tiempos; ahora tan sólo es “el Brujo”, ese pobre desgraciado que pasea por el mundo sus carnes laceradas y sus pingajos, al que odia todo el mundo como señalado por un estigma, al que se le persigue como una alimafia, y al que se le atribuyen todos los casos de vandalismo, de brujería ó de latrocinio que ocurre en las aldeas.

Verle ahora por la carretera adelante, perseguido por una legión de feroces campesinos ansiosos de su sangre. Ahora sí que no podrá escaparse, que alguna vez habría de llegar el momento de espírar sus culpas. Y sobre su cabeza llueven los guijarros y á sus espaldas se levantan amenazadoras cien mil, dos mil armas que buscan su cuerpo. Ya han logrado acorralarle y arrojarle al suelo. Sobre él han caído innumerables puños que le hieren el rostro, cien brazos que le desgarran las vestiduras y le arrastran hacia el pueblo, en marcha triunfal. Los chiquillos, auetos y desoñados marchan á vanguardia gritando: ¡Ya tenemos “el Brujo”, ya está aquí “el Brujo”! Y las comadres se aseman á las puertas con cuidado como si temieran que “el Brujo” se soltase de los puños que le estrujan y maltratan sus carnes. Algunas se acercan para ver si es verdad que “el Brujo” echa llama por los ojos. Hasta los canes de las haciendas salen ladrando y moviendo el rabo, como contentos de tan agradable presa. La multitud va engrosando por momentos, rebulléndose lentamente como monstruo fatigado. Por fin han llegado delante de la

Elecciones de Diputados á Cortes

Distrito de Cáceres

Todos los católicos, los monárquicos, los elementos de orden y los que deseen el bien de Cáceres y su distrito, deben de votar la candidatura de

Don Juan Vitórica Casuso